

Pedro Gómez Valderrama, *Mito* y el Frente Nacional

Pablo Montoya Campuzano*

Universidad de Antioquia

Primera versión recibida: 5 de septiembre de 2005; versión final aceptada: 10 de octubre de 2005 (Eds.)

Resumen: El artículo intenta establecer una crítica de la posición política que manifiestan algunos textos publicados por el escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama tanto en la revista *Mito* como en el semanario *Nueva Frontera*. A través de lo que resulta una comparación entre las posiciones ideológicas de Pedro Gómez y Jorge Gaitán Durán, es posible concluir que *Mito*, en particular, se presenta como una revista ligada a la defensa y a la propaganda del proyecto político del Frente Nacional.

Descriptor: Gómez Valderrama, Pedro; Revista *Mito*; Frente Nacional; Gaitán Durán, Jorge; *Nueva Frontera*.

Abstract: This text attempts to establish a criticism of the political position manifested in some articles published by the Colombian writer Pedro Gómez Valderrama in the journal *Mito* and in the periodical *Nueva Frontera*. In addition, the comparison between the ideological stands of Pedro Gómez Valderrama and Jorge Gaitán Durán allows to conclude that *Mito* appears as a publication linked to the defense and the propaganda of the Frente Nacional's project.

Key words: Gómez Valderrama, Pedro; Revista *Mito*; Frente Nacional; Gaitán Durán, Jorge; *Nueva Frontera*.

* Doctor en Literatura Latinoamericana, Universidad de la Sorbona, Paris III. Actualmente es profesor de la Maestría en Literatura Colombiana y Coordinador del Doctorado en Literatura de la Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia (pablojose@embera.udea.edu.co). Este artículo hace parte de la investigación adelantada por el autor en el marco del proyecto "Función social y política del escritor", inscrito a la Maestría en Literatura Colombiana de la misma universidad.

¿Es Pedro Gómez Valderrama un escritor liberal o libertario? La pregunta no es ociosa, sobre todo hoy que se discute tanto sobre la relación entre literatura y política. Sé que planteo una pregunta que podría suscitar una discusión larga. Pero es crucial resolverla a la hora de identificar mejor el perfil literario, tanto en su vertiente de narrador como en la del hombre político, del escritor santandereano quien estuvo vinculado activamente al mundo de la política colombiana desde su juventud hasta su muerte. Es un lapso que abarca entre 35 y 40 años. Inicia con su participación en la revista *Mito*, en 1955, y culmina en las últimas columnas de "Pretextos" que publica en el semanario *Nueva Frontera* a inicios de la década del 90. No sobra decir que tanto la revista como el semanario fueron de un claro corte liberal, es decir, que lo que los animaba en principio era la defensa de una cierta libertad democrática que el fantasma de los movimientos militares, fueran éstos de izquierda o de derecha, podían destruir.

El grupo de los liberales y los libertarios se delineó ya desde los tiempos en que Diógenes y Platón mantenían una actitud de disputa. Con Diógenes se puede decir que el libertario rechaza todo poder porque su única preocupación, o al menos la más esencial, es dominar sus pasiones, su vida, su cotidianidad. La imagen del cínico, con una tea prendida en pleno día, buscando un hombre libre es muy dicente. El espíritu libertario dirige su lucha hacia un objetivo: la construcción de sí mismo como una singularidad soberana. El libertario, en realidad, se burla del poder, tanto del que representa el príncipe como el del sacerdote. Pero lo que prima en él no es la comunidad sino el individuo y, por lo tanto, sabrá aceptar la frugalidad, la pobreza, la severidad con tal de que su libertad, ese tesoro invaluable, sea respetada. Al liberal, en cambio, lo encarna Platón cuando le plantea al tirano Dionisio de Siracusa la idea del rey filósofo, es decir, aquello de que sólo es legítimo frente al poder el sabio filósofo. De esta circunstancia se desprende que, generalmente, para el liberal sea posible el lujo y la abundancia de los cargos públicos a costa de una servidumbre al poder (Onfray, 2004, 32-33).

Pedro Gómez Valderrama (en adelante PGV) es ese político que se legitima ante el poder, en el contexto del siglo XX colombiano, como liberal letrado y humanista. Hace parte de esa larga lista de escritores que ofrecen sus servicios al régimen que está, o que pronto estará, establecido. Platón y Cicerón en Grecia y Roma; San Agustín y los otros padres de la iglesia; Maquiavelo y Montaigne, discretos diplomáticos; Descartes y Fenelón,

preceptores de los grandes aristócratas; Voltaire y Diderot, consejeros de déspotas ilustrados; Hegel, colaborador del invasor francés; Heidegger, nazista; Pound, fascista; Aragón y Sartre, comunistas; Malraux, Gaullista; García Márquez, castrista; y, en nuestro medio, los escritores que militaron con los partidos políticos tradicionales del siglo XX: los conservadores reaccionarios Rafael Maya y Eduardo Carranza y los liberales progresistas PGV y Jorge Gaitán Durán, entre otros. Pero sería absurdo considerar a PGV solamente como un escritor liberal, algo de libertario sin duda planea en algunos de sus cuentos. Considérense “Los papeles de la Academia Utópica” y “El espejo del marqués”, en donde la defensa de la libertad individual ante el sometimiento de la colectividad se señala con cierta lucidez. PGV es libertario en la medida en que fue un escritor que defendió la libertad del individuo. Pero es inobjetablemente liberal en tanto que defendió la legitimidad de una intervención del estado burgués en la sociedad.¹

El tema de la libertad, de la defensa de la libertad democrática, como base esencial para que Colombia, atribulada por la violencia y la dictadura militar de Rojas Pinilla, avance hacia el progreso, es el eje sobre el cual se sostiene el vínculo de PGV con el Frente Nacional. Este vínculo no sólo se desarrolló desde los diferentes cargos públicos que desempeñó el escritor,² sino que cubrió los terrenos del periodismo y la actividad cultural. Esta militancia, esta fe, este entusiasmo por un proyecto político de alternancia partidista, defectuoso por los lastres que dejó en esta azarosa y torpe edificación de una sociedad más justa y libre que se ha dado en Colombia, comenzó con la revista *Mito*. PGV hizo parte del comité de dirección de esta revista desde el número 7, abril-mayo de 1956. Pero ya desde el primer número el escritor fue uno de los colaboradores más asiduos, no sólo como autor de ensayos, cuentos, traductor y comentarista de libros, sino

1 Philippe Raynaud dice a propósito de las diferencias y similitudes entre los liberales y libertarios: “El proyecto de los liberales es entonces fundar la limitación del poder del Estado allí donde los libertarios irían más lejos al pedir su pura y simple supresión; pero unos y otros mantienen la idea de que la libertad de los individuos es la cosa más natural” (2004, 57). La traducción es mía.

2 PGV fue Consejero de Estado (1959-1961) en el gobierno de Alberto Lleras Restrepo; fue Ministro de Educación Nacional (1962-1965), jefe de la Delegación Colombiana ante la Conferencia Mundial de la UNESCO, Ministro de Gobierno (1965-1966) bajo el gobierno de Guillermo León Valencia; fue Embajador ante la OEA (1967), ante la URSS (1968-1969) durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo. Ver la cronología establecida por Jorge Eliécer Ruiz en: *Pedro Gómez Valderrama, “Más arriba del reino”, La otra raya del tigre*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990, 359-362.

también como uno de los ideólogos de la revista. PGV no tendrá, en sus escritos políticos, la agudeza de Hernando Téllez, ni la ostentosa rebeldía de Jorge Gaitán Durán, pero sí tendrá la convicción suficiente para promulgar la necesidad de que los intelectuales de Colombia de entonces creyeran en el Frente Nacional como única salida al oscuro periodo de la dictadura militar.

En el primer número de *Mito*, el editorial plantea el rumbo de lo que será la revista. Se trata de un medio que luchará por la honestidad de la palabra y en donde se rechazará todo dogmatismo, todo sectarismo y todo sistema de prejuicios. *Mito* inicia como una posibilidad de “hablar y discutir con gentes de todas las opiniones y todas las creencias” (*M*, 1, 1955, 2). Este aspecto nombrará la libertad que tanto pregonarán la juvenil dirección de *Mito* y sus más serios defensores, como Hernando Téllez. Precisamente este editorial será reproducido en el número 13 de abril-mayo de 1957, para expresar, en el momento de la caída de Rojas Pinilla, el cariz ideológico de la revista. Tal número es muy significativo a la hora de querer entender el modo en que los intelectuales de la oficialidad colombiana, sobre todo los que vivían en Bogotá, reaccionaron ante el fin de la dictadura. El número 13 dedica la primera parte a citar textos que hablan sobre la libertad de expresión y el papel que deben tener los intelectuales en un gobierno democrático. Acuden, en primer lugar, a Baldomero Sanín Cano, recién fallecido y al cual *Mito* había dedicado en un número anterior una nota exaltada con motivo de sus 95 años. En esta nota, “Baldomero Sanín Cano y los intelectuales colombianos”, escrita por Gaitán Durán, se valora la función del ensayista antioqueño porque ella es la más completa encarnación de la tolerancia en un país intolerante y representa la esencia luminosa de una larga labor educativa y literaria en una nación inculta (*M*, 9, 1956, 182-183). Se acude, en segundo lugar, a la figura de Gerardo Molina, el intelectual perseguido por sus ideas de izquierda y su simpatía hacia las fuerzas comunistas demonizadas por la derecha colombiana. En tercer lugar, se publica nuevamente la carta que Miguel de Unamuno, como Rector de la Universidad de Salamanca, le envió a Rafael Uribe en el centenario de la independencia colombiana. Esta carta de tono jubiloso la había publicado *Mito* antes también en edición facsimilar, y en ella se señalan aspectos como: “la patria hay que hacerla con la libertad, es decir, con la conciencia de la ley, y con la cultura, día a día” (*M*, 12, 1957, 375). En el número 13 se publica, igualmente, la declaración de los intelectuales co-

lombianos durante el paro general que derrumbó el régimen de Rojas Pinilla, declaración redactada por los directores de la revista. Y, casi al final, aparece la “Crónica de mayo” donde PGV hará una síntesis de los hechos de esas jornadas que tienen un marcado aire de heroísmo y cuyos protagonistas, en el relato del escritor, son los futuros líderes del Frente Nacional y sus entusiastas seguidores. En fin, el comité editorial de *Mito* —Jorge Gaitán Durán, PGV y Hernando Valencia Goelkel— no pierde la oportunidad para citar otras notas editoriales de números pasados. En particular, se refieren a la protesta que el comité elevó en torno a la invasión que hizo la U.R.S.S a Hungría. Invasión que les parecía, como otras tantas (las padecidas por Guatemala, Argelia, Chipre, Belice y las Guayanas), desvirtuar gravemente la idea de un socialismo que pretendía ser ético, apasionado y verdadero (*M*, 10, 1956, 233) Y, por supuesto, no se cansará de repetir una vez más que *Mito* ha sido absolutamente independiente durante la terminada dictadura y que “lo seguirá siendo en este amago de democracia” (*M*, 13, 1957, 2). Su fervor político llega a tales extremos que, en ese mismo número 13, se lanza la idea, y algo hay en esto de romanticismo revolucionario francés, de formar una Liga Colombiana de los Derechos del Hombre en donde se proclamen indivisiblemente las libertades humanas y se nieguen los abusos y las censuras provenientes del ‘Poder’ o de la ‘Intolerancia’. El número 13 de la revista aparece, entonces, como una suerte de núcleo que irradia el carácter ideológico del grupo *Mito*, y este consistió en demostrar a los lectores el pilar de defensa de la libertad democrática que la revista fue durante los últimos años de la dictadura de Rojas Pinilla. Una dictadura que, a pesar de su dimensión deleznable y quizás por esto mismo, debía caer necesariamente.

La expresión “amago de democracia” sugiere una suerte de escepticismo frente a lo que se estaba dando políticamente en Colombia en aquel mayo de 1957. Tal expresión hace parte del editorial del número 13 de la revista, y creo que define mejor el espíritu de Gaitán Durán que el de PGV. Y esto lo recalco porque más adelante, en el número 18, correspondiente a febrero-abril de 1958, aparecen dos notas en la sección de “Actuales”. Una de ellas la escribe PGV y se titula “Alberto Lleras” y la otra la hace Jorge Gaitán Durán y se titula “La candidatura de Lleras”. Ambos son textos eminentemente ideológicos. El de PGV es un típico texto de proselitismo político y su objetivo no es más que hacer campaña a favor del candidato presidencial que ganará, poco después, ampliamente las elecciones. El de

Gaitán Durán también es proselitista, pero está sesgado por un espíritu un poco escéptico sobre lo que significa el Frente Nacional para Colombia. Para PGV la única solución que tiene el país para encaminarse hacia el avance de la democracia económica es Alberto Lleras. “Políticamente”, dice: “es el único ciudadano que puede realizar en estos momentos la aspiración de los colombianos hacia una paz para todos, sin vencimiento para ninguno” (*M*, 18, 1958, 493). Luego despliega una serie de adulaciones a la personalidad política, intelectual y humana del candidato. Este rasgo adulatorio, por lo demás, es una de las características de varios textos que escribirá sobre sus amigos dirigentes en el semanario *Nueva Frontera* y en el diario *El Espectador*. Hombres de vastísimas inteligencias, de honorables prosapias, de gran nobleza en el manejo del idioma ya que la mayoría de ellos son igualmente escritores. La nota de Gaitán Durán es, como casi todo lo que políticamente escribía el poeta, algo más irreverente. Poco que ver con el tono sereno y casi solemne de su amigo santandereano. Ese tono que revela una postura política y caso ética que Valencia Goelkel describe como “un continuado gesto de intransigencias sin desplantes, de firmeza sin bullicios, de sosegada, lúcida energía” (*M*, 22-23, 1958-1959, 360).³ Para Gaitán Durán el Frente Nacional es una coalición de la burguesía apoyada por una nación que crece críticamente. Gaitán Durán apoya este proyecto y apoya la candidatura de Lleras Camargo porque cree que el país saldrá de las taras feudales y se enrumbará hacia un capitalismo moderno cuya misión principal será la de ejecutar una reforma agraria e industrializar adecuadamente un país aún colonial. Pero Gaitán Durán es también consciente de que “la presidencia de Alberto Lleras Camargo es la espuma de un fracaso” (*M*, 18, 1958, 494). Ese fracaso, que es como una especie de fantasma en la nota de Gaitán Durán, pero que no está presente en el de PGV, no sólo favoreció la irrupción del Frente Nacional, sino que lo acompañó durante toda su existencia. Y la razón de ello, entre otras cosas, reside en que los diferentes mandatos conservadores y liberales del Frente Nacional fueron un simple “amago de democracia” (494).

3. Se trata de la nota que Valencia Goelkel escribió sobre PGV a propósito de su retiro del comité de dirección de la revista *Mito* por tener que atender sus compromisos políticos —Consejero de Estado— con el gobierno de Alberto Lleras Camargo.

Pero esta nota escéptica de su director no es suficiente para afirmar que *Mito*, al menos hasta el número 22, que es hasta donde dura la presencia de PGV en el comité de dirección, sea una revista crítica ante el Frente Nacional. Al contrario, es su gran defensora. Y el apoyo optimista de PGV es prueba fehaciente de este fervor político. Ahora bien, el caso de Gaitán Durán posee matices diferentes. Su libro *La revolución invisible, apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*, publicado en 1959, desarrolla una mirada aguda del panorama político de Colombia en el primer período del Frente Nacional. Gaitán Durán simplemente descrea del contubernio de los partidos políticos tradicionales colombianos. Le parece que tal frente es un fracaso que “se reduce a la repartición mecánica de la burocracia, en la cual el actual gobierno se asfixia, maniatado por compromisos insensatos” (1999, 14). Considera que el frente es inepto para “gobernar según el juego democrático de la mayoría y de la minoría” y sólo le interesa unirse para sobrevivir perdiendo así su propia fisonomía (62). A través de lo que tal vez resulte el más inteligente análisis político de esos años, escrito extrañamente por un poeta, *La revolución invisible* aboga en todo caso por una salida democrática y burguesa de Colombia a una serie de crisis económicas y políticas. Gaitán Durán no cree, por otra parte, que las fuerzas de izquierda (los comunistas que parecen caricaturas municipales, por ejemplo) sean lo suficientemente maduras para gobernar un país caótico y devastado por la violencia. Pero a pesar de que el Frente Nacional tampoco cumpla con las condiciones para encarar los retos que ofrece un país intolerante y atrasado en sus estructuras sociales de tipo feudal, la burguesía sí podría reunir el valor y la inteligencia indispensables para otorgarle a Colombia las tan necesarias industrialización y reforma agraria que se piden a gritos. Para ello Gaitán Durán le propone a esta burguesía, tan fantasmal que parece soñada precisamente por un poeta, fundarse en la planeación, la necesidad, el conocimiento y la lucidez. Porque, dice Gaitán Durán, “en los próximos años estaremos obligados a convivir, a comprender y cambiar juntos el país” (33). El libro de Gaitán Durán, así sea contundente en la elaboración de su diagnóstico nacional, es un poco ingenuo en su creencia en una burguesía colombiana humanista y civilizada capaz de transformar el país. En realidad, lo que propone Gaitán Durán, más cauteloso que pesimista, es la creación de un frente verdadero, sin duda democrático y no burocrático, que pueda conducir a Colombia hacia la modernidad y la libertad (70).

En el ensayo “Los lotófagos”, PGV hace un análisis de lo que fue esa generación de intelectuales colombianos, en los que tanto creían él y Gaitán Durán, que se formaron en las universidades europeas de la postguerra y en el fragor de la violencia política colombiana iniciada en 1948. El texto de PGV es una excelente reflexión, una vez más, sobre el tema de la libertad en los años que van de 1948 hasta 1958: la libertad en las universidades colombianas, puesto que ellas fueron, al decir de PGV, el único refugio donde aquella, amedrentada y perseguida, pudo esconderse; la libertad de expresión y su relación con las revistas *Mito*, *Prometeo* y la *Revista de América*. En fin, se habla de la consecución de la libertad que será uno de los temas fundamentales de la obra narrativa de PGV. En este ensayo hay una frase que quisiera resaltar: “El Frente Nacional es, en la historia colombiana, el mejor intento de hacer real la divisa, y suprimir la pelea del escudo” (1995, 154). Bajo este pretexto de comunión pacífica de dos partidos que combatieron tan sangrientamente a lo largo de la historia colombiana, es que muchos representantes del Frente Nacional han justificado y absuelto su propio proyecto. Son los historiadores de ahora, sin embargo, educados bajo las nuevas formas de asumir el discurso y el decurso de la historia, quienes registran los múltiples rostros de esa frustración de nuestros partidos políticos tradicionales. El Frente Nacional, es verdad, evitó que el país cayera en el espanto de las dictaduras militares y logró una reconciliación partidista necesaria para que se volviera al ejercicio de algunas de nuestras maltrechas instituciones democráticas. Intentó erradicar la Violencia, pero en este tópico empezó a manifestar sus grandes yerros. “Teóricamente concebido como una salida negociada a la Violencia, en su práctica el Frente Nacional inaugura una nueva fase de la misma” (Sánchez, 2001, 168). En su seno, por ejemplo, proliferaron los célebres bandoleros. Como se negó siempre, para favorecer los intereses de los terratenientes, a establecer una verdadera reforma agraria, el país vio crecer los movimientos guerrilleros y los grupos paramilitares. Igualmente, y como consecuencia de su mezquina manera de entender el país rural que gobernaban, los presidentes del Frente Nacional propiciaron las condiciones para que el narcotráfico creciera en su seno como una especie de bestia fabulosa y siniestra. E incapaces también de comprender el crecimiento de nuestras ciudades, ciudades que habían crecido y siguen creciendo por el caótico desplazamiento provocado por la violencia, son también culpables de sus múltiples traumas sociales.

Carlos Lleras Restrepo en su semanario *Nueva Frontera* tuvo todo el tiempo y el espacio que le otorgaron sus editoriales y sus numerosos artículos para proclamar las bondades de un régimen que para muchos colombianos ha sido la total expresión de una frustración política. No se necesita mucha audacia para sospechar que semejante a la de su amigo presidente fue la visión de PGV. Resulta incómodo, para quienes admiramos al autor de los cuentos, leer una de sus notas de *Nueva Frontera*. Este semanario fue fundado por el Presidente liberal Lleras Restrepo en octubre de 1974. Y durante su existencia se encargó de afianzar el espíritu partidista entre los liberales. Esto lo prueban los pedagógicos y extensos editoriales de su fundador, la emblemática historia de la "República Liberal" escrita por su fundador, y la "Crónica de mi vida" escrita también por el fundador. En este semanario publicado a la sombra de un enorme personaje ilustre, hecho sin duda para proyectar la grandeza y la inteligencia de la vida de un político y un escritor (Carlos Lleras Restrepo igualmente será un frecuente comentarista de libros), va a participar activamente PGV.⁴ La nota en mención se llama "Valencia: un presidente colombiano". Es un sentidísimo homenaje del escritor político, al presidente de estirpe payanesa muerto hace tres años. El tono del artículo es jubilatorio, pero como se trata de celebrar la personalidad de un muerto, prima cierta cadencia elegíaca. El texto es una buena muestra de lo que los escritores políticos colombianos hacen a la hora de querer homenajear la memoria de un hombre que, a sus ojos, fue excelso. La fuerza retórica de esta semblanza es de algún modo decimonónica o, en todo caso, le debe mucho a ese tipo de textos laudatorios que nuestro siglo XIX produjo desastrosamente a raudales. Los adjetivos brillan por su presencia y todos nombran un rasgo del presidente conservador. Se trata de un prohombre que, gracias a sus dotes inigualables, supo gobernar a Colombia y alejarla del desorden y la anarquía. Valencia fue, en palabras de su amigo, un hombre de "noble presencia"; sus modales, los de un "hidalgo"; su caballerosidad, fina; fue tanto un "político encumbrado" como un "humilde servidor"; fue "un varón de la más alta integridad moral", "un hombre valeroso" y un "amigo ejemplar"

4 Desde su fundación, en octubre de 1974, PGV publicará generalmente reseñas y notas sobre libros. Desde enero de 1979 va a colaborar con "Pretextos" que es una columna más de tipo cultural donde el autor expone sus opiniones sobre los temas más caros a su sensibilidad y curiosidad de escritor.

(1974, 7-9). Es posible que todo esto haya sido el presidente para su ministro de educación y gobierno. Y aceptamos la fórmula de que en momentos de recordar a los muertos queridos no deben aparecer detalles incómodos o sombríos. Pero lo que resulta criticable es que PGV otorgue al gobierno de Valencia un balance final positivo. ¿Cómo decir que tal administración fue “recta y que solucionó sus dificultades con cordura y con serenidad”, que “afianzó la paz nacional y la vida democrática”? (7) No es este el lugar para analizar con minucia los infortunios del mandato de Valencia, acaso uno de los más inestables políticamente hablando, el más crítico en su economía y también uno de los más represivos del Frente Nacional (Luján, 2001, 223-235). Pero los escritores existen también para dignificar lo que no es digno, para honrar lo que no puede honrarse, para magnificar lo que resulta siendo mediocre. Esa parece ser una de las misiones de los escritores que deciden vivir al servicio de un partido político. Esa fue sin duda la misión que supo cumplir cabalmente Pedro Gómez Valderrama.

Bibliografía

- Gaitán Durán, “Baldomero Sanín Cano y los intelectuales colombianos”, en: *Mito*, 09, volumen 02. Bogotá: agosto-septiembre, 1956, 182-183.
- _____. “La candidatura de Lleras”, en: *Mito*, 18, volumen 03. Bogotá: febrero-abril, 1958, 494.
- _____. *La revolución invisible, apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*. Bogotá: Editorial Ariel S.A., 1999.
- Gómez Valderrama, Pedro. “Alberto Lleras”, en: *Mito*, 18, volumen 03. Bogotá: febrero-abril, 1958, 493.
- _____. “Los lotófagos”, en: *Antología*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995, 145-169.
- _____. “Valencia: un presidente colombiano”, en: *Nueva Frontera*, No. 5. Bogotá: 1974, 7-9.
- Luján, Gabriel. “Lleras Camargo y Valencia: entre el reformismo y la represión”, en: *Nueva historia de Colombia*. Vol. II. Bogotá: Planeta, 2001, 223-235.
- Onfray, Michel, “De part et d’autre de la barricade”, en: *Le magazine littéraire*, No. 436. Paris: noviembre, 2004, 32-34.
- Raynaud, Philippe, “Libéral ou libertaire”, en: *Le magazine littéraire*, No. 436. Paris: noviembre, 2004, 56-58.
- Mito. Revista Bimestral de Cultura*. No.01, volumen 01. Bogotá: abril-mayo, 1955.

- _____. No. 10, volumen 02. Bogotá: octubre-noviembre, 1956.
- _____. No. 13, volumen 03. Bogotá: marzo-mayo, 1957.
- Ruiz, Jorge Eliécer. "Introducción", en: *Pedro Gómez Valderrama, Más arriba del reino: La otra raya del tigre*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990, IX-XXIX.
- Sánchez, Gonzalo, "La violencia: de Rojas al Frente Nacional", en: *Nueva Historia de Colombia*. Vol. II. Bogotá: Planeta, 2001, 153-178.
- Unamuno, Miguel de. "Carta a Rafael Uribe", en: *Mito*, 12, volumen 02. Bogotá: febrero (número especial), 1957, 375-378.
- Valencia Goelkel, Hernando. "Pedro Gómez Valderrama y *Mito*", en: *Mito*, 22-23, volumen 04. Bogotá: noviembre-diciembre; enero-febrero, 1958-1959, 360.